



Introducción: ¿y si hubiéramos conservado los valores y perdido el Evangelio?

Hay una forma de cristianismo que puede resultar extraordinariamente atractiva para el hombre contemporáneo.

Habla de amor.
Habla de solidaridad.
Habla de fraternidad.
Habla de justicia.
Habla de acogida.
Habla de paz.
Habla de dignidad humana.
Habla de cuidar al necesitado.

Y, sin embargo, puede ocurrir algo profundamente paradójico: **puede hablar de casi todo lo que el cristianismo enseña sin hablar realmente de Cristo.**

Este fenómeno podría denominarse **“cristianismo naturalizado” o “cristianismo natural”**, entendiendo aquí la expresión no en el sentido católico de ley natural, sino como la reducción del cristianismo a aquello que el hombre puede comprender, admirar y realizar mediante sus propias capacidades naturales.

En esta versión reducida, Jesucristo aparece principalmente como un gran maestro moral. El Evangelio se transforma en un programa de convivencia. La Iglesia pasa a ser una institución dedicada a promover determinados valores. La conversión se convierte en “ser mejor persona”. La santidad se confunde con la corrección moral. La caridad sobrenatural queda reducida a solidaridad. La oración se transforma en bienestar espiritual. Los sacramentos parecen símbolos comunitarios. La liturgia se interpreta como una celebración cultural.

Y entonces aparece una pregunta incómoda:

Si eliminamos la gracia, la Redención, el pecado, la Cruz, la Resurrección, los sacramentos, la vida eterna y la necesidad de conversión, ¿qué queda realmente del cristianismo?

Queda algo bueno.

Pero no queda el cristianismo en su plenitud.



Porque el cristianismo no comenzó cuando algunos hombres decidieron que sería conveniente promover la fraternidad. **Comenzó cuando Dios entró en la historia.**

No nació de una teoría ética.

Nació de un acontecimiento.

“Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1,14).

Esta afirmación contiene una revolución que ninguna filosofía moral puede sustituir.

El cristianismo no es, ante todo, un sistema de valores.

Es la respuesta del hombre a un Dios que se ha revelado, que ha venido al encuentro de la humanidad, que ha asumido nuestra naturaleza, que ha muerto por nuestros pecados y que ha resucitado para abrirnos las puertas de la vida eterna.

1. El gran malentendido: confundir cristianismo con humanismo

Uno de los mayores desafíos pastorales de nuestro tiempo consiste en distinguir entre **humanismo cristiano y simple humanismo secular.**

El cristianismo, ciertamente, posee consecuencias humanizadoras extraordinarias.

La fe cristiana defiende la dignidad de toda persona porque cada ser humano ha sido creado a imagen de Dios.

Defiende la vida porque la vida es don de Dios.

Defiende al pobre porque Cristo se identifica misteriosamente con el pequeño y necesitado.

Defiende la familia porque existe un orden querido por el Creador.

Defiende la justicia porque Dios es justo.



Defiende la verdad porque Cristo mismo es la Verdad.

Pero el razonamiento cristiano no funciona al revés.

No decimos:

| *“Como la solidaridad es buena, entonces el cristianismo es bueno”.*

Decimos:

| *“Como Dios es bueno y nos ha amado en Cristo, la vida cristiana produce necesariamente amor, justicia, misericordia y servicio.”*

La diferencia parece pequeña.

No lo es.

En el primer caso, el cristianismo termina siendo una herramienta para promover valores que podrían defenderse desde otras filosofías.

En el segundo, los valores cristianos nacen de una realidad mucho más profunda:

la participación del hombre en la vida de Dios.

2. La Iglesia nunca enseñó que la razón fuera enemiga de la fe

Aquí es necesario introducir una precisión teológica fundamental.

Criticar el “cristianismo naturalizado” **no significa despreciar la naturaleza humana, la**



razón o la ley natural.

La Iglesia Católica sostiene precisamente lo contrario.

La razón humana puede conocer verdades fundamentales sobre Dios y sobre el orden moral. El hombre puede descubrir mediante su inteligencia que existen bienes objetivos, que existen acciones moralmente buenas y malas y que existe un orden moral inscrito en la propia naturaleza humana.

San Pablo lo expresa claramente cuando habla de los gentiles que, incluso sin poseer la Ley mosaica, muestran que la obra de la ley está escrita en sus corazones:

“Con esto muestran que llevan la obra de la ley escrita en sus corazones” (Rm 2,15).

La tradición católica ha desarrollado profundamente esta doctrina.

La ley natural es real.

La razón es real.

La moral objetiva es real.

La dignidad humana es real.

Pero precisamente aquí aparece el error del cristianismo naturalizado:

confundir aquello que la razón humana puede conocer con aquello que solamente puede recibirse mediante la Revelación y la gracia.

La razón puede reconocer que debemos amar al prójimo.

Pero la Revelación nos descubre algo infinitamente más profundo:

que debemos amar al prójimo como Cristo nos ha amado.

La razón puede comprender que debemos perdonar.

Pero el Evangelio nos revela el misterio de un Dios que perdona nuestros pecados mediante la Cruz.



La razón puede reconocer la dignidad humana.

Pero el cristianismo anuncia que el hombre está llamado a una dignidad sobrenatural inimaginable:

participar de la vida divina.

3. La diferencia decisiva: naturaleza y gracia

Toda la cuestión puede comprenderse desde una distinción fundamental de la teología católica:

naturaleza y gracia no son lo mismo.

La naturaleza humana es buena porque ha sido creada por Dios.

Pero está herida por el pecado.

Y, además, ha sido elevada por Dios a un destino sobrenatural.

Esto significa que el hombre no está simplemente llamado a “ser buena persona”.

Está llamado a **ser santo**.

No está llamado simplemente a mejorar psicológicamente.

Está llamado a vivir en comunión con Dios.

No está llamado simplemente a construir una sociedad más justa.

Está llamado a participar eternamente de la vida divina.

Aquí encontramos el corazón del problema.

El cristianismo naturalizado suele hablar de **mejorar al hombre**.

El cristianismo sobrenatural habla de **transformarlo por la gracia**.



Son cosas relacionadas, pero no idénticas.

Un hombre puede ser educado, amable, generoso, trabajador, solidario y honrado sin haber recibido la fe cristiana.

Puede poseer virtudes naturales admirables.

Pero la vida sobrenatural es otra realidad.

La gracia santificante no es simplemente “ser más bueno”.

Es una participación creada en la vida divina.

Por eso el objetivo último de la existencia cristiana no es alcanzar una versión mejorada de nosotros mismos.

Es entrar en comunión con Dios.

4. ¿Para qué habría muerto Cristo si solamente necesitábamos buenos consejos?

Esta pregunta debería resonar en toda catequesis contemporánea.

Si el problema del hombre consistiera simplemente en que necesita mejores valores, entonces bastaría con un excelente maestro.

Podríamos escuchar a Cristo.

Podríamos admirarlo.

Podríamos aplicar sus enseñanzas.

Pero el Evangelio anuncia algo infinitamente más dramático.

El hombre necesita ser salvado.



El pecado no es simplemente una equivocación.

No es solamente un déficit educativo.

No es simplemente una conducta poco saludable.

Es una ruptura con Dios.

El pecado afecta profundamente la relación del hombre con su Creador.

Por eso Cristo no vino únicamente a enseñarnos.

Vino a redimirnos.

La Cruz no es una ilustración pedagógica de la solidaridad.

Es el sacrificio redentor de Cristo.

La Resurrección no es una metáfora de esperanza.

Es un acontecimiento real que inaugura una nueva creación.

La Iglesia no es simplemente una asociación de personas que comparten determinados valores.

Es el Cuerpo Místico de Cristo.

Los sacramentos no son meros símbolos culturales.

Son signos eficaces de la gracia.

La Eucaristía no es solamente una comida comunitaria.

Es el Sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Cristo.

Y la confesión no es simplemente una conversación terapéutica.

Es el sacramento mediante el cual Cristo, por el ministerio de la Iglesia, perdona los pecados.

Cuando se elimina esta dimensión sobrenatural, el edificio cristiano puede conservar muchas paredes.



Pero se ha perdido el fundamento.

5. “Jesús fue un gran hombre”: una afirmación insuficiente

Probablemente una de las frases más frecuentes de nuestro tiempo sea:

| *“Jesús fue un gran hombre.”*

La frase parece respetuosa.

Pero, teológicamente, es radicalmente insuficiente.

Jesús no es simplemente un gran hombre.

Es verdadero Dios y verdadero hombre.

No es simplemente un maestro moral.

Es el Verbo eterno hecho carne.

No vino simplemente a enseñarnos cómo vivir.

Vino a revelarnos al Padre y a reconciliarnos con Él.

Por eso, reducir a Jesús a un referente ético supone modificar radicalmente la identidad del cristianismo.

Podemos admirar a Sócrates.

Podemos estudiar a Aristóteles.

Podemos aprender de Séneca.



Podemos respetar a grandes reformadores sociales.

Pero con Cristo ocurre algo completamente diferente.

Cristo no dice simplemente:

| *“Aquí tenéis una doctrina interesante.”*

Dice:

“Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6).

No dice únicamente:

| *“Aprended de mis enseñanzas.”*

Dice:

“Ven y sígueme.”

No presenta solamente un código.

Se presenta a sí mismo.

Ese es el escándalo y la belleza del cristianismo.

6. El cristianismo no consiste simplemente en “ser buena persona”

Esta reducción es especialmente peligrosa porque parece inofensiva.

“Yo soy buena persona.”



“Intento no hacer daño.”

“Ayudo a quien puedo.”

“No necesito ir a misa para ser bueno.”

“Dios sabe que tengo buen corazón.”

Naturalmente, una persona debe procurar hacer el bien.

Pero el cristianismo no puede reducirse a eso.

Porque la pregunta fundamental no es solamente:

“¿Soy una persona decente?”

La pregunta cristiana es:

“¿Estoy unido a Cristo?”

La vida eterna no consiste simplemente en recibir una recompensa por haber cumplido determinadas normas sociales.

Consiste en la comunión eterna con Dios.

Y esa comunión comienza ya aquí mediante la gracia.

Por eso la Iglesia no predica únicamente moral.

Predica conversión.

Predica fe.

Predica bautismo.

Predica penitencia.

Predica Eucaristía.

Predica oración.



Predica santidad.

Predica la Cruz.

Predica la Resurrección.

Predica el juicio.

Predica el cielo.

Y también advierte sobre la posibilidad real de rechazar definitivamente a Dios.

Todo esto resulta incómodo para una cultura que prefiere un cristianismo terapéutico, positivo y sin exigencias.

Pero precisamente por eso resulta necesario volver al Evangelio.

7. Cuando “amor” deja de significar conversión

Otro síntoma del cristianismo naturalizado es la utilización de la palabra **amor** sin contenido sobrenatural.

“Dios es amor.”

Correcto.

Pero el amor cristiano no significa simplemente aprobación emocional.

El amor verdadero busca el bien del amado.

Y el bien supremo del hombre es Dios.

Por eso amar al pecador no significa afirmar que cualquier comportamiento suyo sea bueno.

Cristo ama al pecador precisamente porque quiere salvarlo.



En el Evangelio encontramos una combinación que nuestra época tiene dificultades para mantener:

misericordia y verdad.

Cristo perdona.

Pero también llama a la conversión.

Cristo acoge.

Pero también dice:

“Vete y desde ahora no peques más” (Jn 8,11).

La misericordia sin verdad se convierte en permisividad.

La verdad sin caridad puede convertirse en dureza.

El cristianismo mantiene ambas.

8. La Cruz es el gran elemento que el cristianismo naturalizado no sabe dónde colocar

Hay una razón por la que el cristianismo naturalizado prefiere hablar de valores y evita hablar de sacrificio.

La Cruz resulta incómoda.

La Cruz recuerda que el pecado existe.

Recuerda que el hombre necesita conversión.

Recuerda que la salvación tiene un precio.



Recuerda que seguir a Cristo implica renuncia.

Recuerda que no todo deseo debe convertirse en derecho.

Recuerda que existe una diferencia entre nuestra voluntad y la voluntad de Dios.

Cristo no prometió:

| *“Seréis felices si seguís vuestros deseos.”*

Dijo:

“Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga” (Mt 16,24).

Estas palabras son profundamente contraculturales.

La sociedad contemporánea enseña:

“Realízate.”

Cristo dice:

“Niégate a ti mismo.”

La cultura dice:

“Haz lo que sientas.”

Cristo dice:

“Sígueme.”

La cultura dice:

“Tu libertad consiste en elegir cualquier cosa.”

El cristianismo responde:



la verdadera libertad consiste en poder elegir el bien.

9. El cristianismo naturalizado y la cultura de la autoayuda

Existe también una versión especialmente moderna del cristianismo naturalizado: el cristianismo convertido en **autoayuda espiritual**.

Dios aparece como una especie de terapeuta celestial.

La oración sirve para sentirse mejor.

La Iglesia sirve para encontrar comunidad.

La Biblia sirve para obtener pensamientos positivos.

Jesús sirve como inspiración.

La religión se convierte en una técnica de bienestar emocional.

Pero el Evangelio no promete simplemente que nos sentiremos mejor.

Promete algo mucho más grande y mucho más exigente:

que seremos transformados.

A veces Dios nos consuela.

A veces nos concede paz.

Pero también puede llevarnos por caminos de purificación, sacrificio y sufrimiento.

Los santos lo entendieron perfectamente.

Santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz, san Ignacio de Loyola, san Francisco de Asís y tantos otros no buscaron una religión cómoda.



Buscaron a Dios.

Y encontraron que el camino hacia Él pasa necesariamente por la conversión del corazón.

10. Los sacramentos no son accesorios

Una consecuencia práctica del cristianismo naturalizado es que los sacramentos comienzan a parecer secundarios.

“Lo importante es creer.”

“Lo importante es amar.”

“Lo importante es ayudar.”

Pero una pregunta debe hacerse:

¿Por qué Cristo quiso una Iglesia sacramental?

Porque Dios no salva al hombre como si fuera un espíritu desencarnado.

El hombre es cuerpo y alma.

Por eso Dios utiliza signos visibles para comunicar una gracia invisible.

El agua del Bautismo.

El pan y el vino de la Eucaristía.

La imposición de manos.

La unción.

El matrimonio.

La confesión.



Los sacramentos pertenecen a la estructura misma de la economía de la salvación.

Por eso no son simples ceremonias.

Son encuentros con Cristo.

Un cristianismo que conserva valores pero abandona los sacramentos corre el riesgo de convertirse en una especie de **estoicismo cristianizado**.

Puede seguir hablando de virtud.

Pero ya no vive de la gracia.

11. La Eucaristía desmonta por sí sola el cristianismo puramente natural

Pensemos en la Eucaristía.

Si el cristianismo fuera simplemente una ética, bastaría con recordar las enseñanzas de Jesús.

Pero Cristo quiso dejarnos algo infinitamente más profundo:

su presencia real.

La Eucaristía nos obliga a abandonar una visión puramente natural de la religión.

El altar no es simplemente una mesa simbólica.

La Misa no es simplemente una reunión.

La liturgia no es simplemente una actividad comunitaria.

En la celebración eucarística la Iglesia participa sacramentalmente del sacrificio de Cristo.

Por eso la vida cristiana no puede reducirse a “hacer el bien”.



Antes debemos aprender a recibir de Dios.

La vida cristiana nace de la gracia.

Después se traduce en obras.

12. “Sin mí no podéis hacer nada”

Cristo pronunció una frase que debería ser una vacuna permanente contra el pelagianismo:

“Sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15,5).

El pelagianismo, en términos simplificados, consiste en exagerar la capacidad humana para alcanzar la salvación mediante sus propias fuerzas.

El cristianismo católico enseña otra cosa.

La gracia es necesaria.

No somos salvados exclusivamente por nuestra capacidad moral.

Necesitamos a Cristo.

Necesitamos la gracia.

Necesitamos la Iglesia.

Necesitamos los sacramentos.

Necesitamos la oración.

Necesitamos la conversión.

Esto no significa que nuestras obras sean irrelevantes.

Al contrario.



La gracia transforma nuestra capacidad de obrar.

Pero el cristiano no puede decir:

| *“Yo puedo salvarme solo siendo una buena persona.”*

La respuesta del Evangelio es:

necesitas a Cristo.

13. El error contrario: tampoco se trata de despreciar las buenas obras

Aquí debemos evitar otro extremo.

Criticar el cristianismo naturalizado no significa afirmar que las buenas obras carecen de importancia.

Todo lo contrario.

Cristo es absolutamente claro:

“Por sus frutos los conoceréis” (Mt 7,16).

La gracia produce frutos.

La fe verdadera transforma la existencia.

El cristiano que habla constantemente de doctrina pero no tiene caridad contradice el Evangelio.

San Pablo lo expresa con extraordinaria fuerza:

“Si no tengo caridad, nada soy” (1 Co 13,2).



Por tanto, el problema no es hacer buenas obras.

El problema es **separar las buenas obras de su fuente sobrenatural**.

La caridad cristiana no es simplemente filantropía.

Es amor de Dios derramado en el corazón.

La solidaridad puede ser natural.

La caridad es sobrenatural.

La diferencia está en la raíz.

14. Caridad no es lo mismo que filantropía

Podemos formular la distinción de manera sencilla:

La filantropía ayuda al hombre porque reconoce un valor humano en él.

La caridad ama al hombre porque reconoce en él una criatura amada por Dios y, en cierto sentido, al propio Cristo.

Por eso la caridad puede llegar hasta extremos que una simple ética difícilmente explica.

Perdonar al enemigo.

Rezar por quien nos persigue.

Dar sin esperar recompensa.

Aceptar sufrimientos por amor.

Ofrecer sacrificios por la conversión de otros.

Amar a quien nos resulta humanamente desagradable.



Todo esto se entiende cuando comprendemos que la vida cristiana no procede únicamente de nuestra simpatía natural.

Procede de Dios.

15. La gracia no destruye la naturaleza: la eleva

Una de las grandes aportaciones de la teología católica consiste precisamente en evitar dos errores opuestos.

Por un lado:

naturalismo: todo puede explicarse y conseguirse desde las capacidades humanas.

Por otro:

desprecio de la naturaleza: como si todo lo humano fuera malo.

La tradición católica enseña algo mucho más hermoso:

la gracia perfecciona la naturaleza.

La naturaleza humana es buena, aunque esté herida.

La razón es buena.

La inteligencia es buena.

La libertad es buena.

El cuerpo es bueno.

La sexualidad, dentro del orden querido por Dios, es buena.

El matrimonio es bueno.



La cultura es buena.

El trabajo es bueno.

La política puede ser buena.

La ciencia puede ser buena.

Pero ninguna de estas realidades puede convertirse en sustituto de Dios.

El cristianismo no destruye lo humano.

Lo ordena hacia Dios.

16. ¿Cómo nació esta tendencia a naturalizar el cristianismo?

La tentación es antigua.

Desde los primeros siglos, la Iglesia tuvo que defender la dimensión sobrenatural de la fe frente a diferentes reduccionismos.

El cristianismo siempre tuvo que explicar que Cristo no era simplemente un maestro moral.

Los Padres de la Iglesia insistieron en la divinidad de Cristo.

Los grandes concilios defendieron su verdadera humanidad y verdadera divinidad.

La teología medieval profundizó en la relación entre naturaleza y gracia.

Santo Tomás de Aquino mostró cómo razón y Revelación no se contradicen.

La Reforma y la Contrarreforma plantearon nuevas cuestiones sobre la gracia, la justificación y la libertad.

La modernidad introdujo un desafío todavía mayor:



la posibilidad de construir una visión del mundo sin referencia a Dios.

A partir de entonces, la cultura occidental comenzó progresivamente a conservar algunos elementos heredados del cristianismo mientras se debilitaba su fundamento teológico.

Y apareció una situación paradójica:

una sociedad podía seguir hablando de dignidad, igualdad, fraternidad, derechos, solidaridad y justicia mientras rechazaba la cosmovisión cristiana que había contribuido decisivamente a dar forma histórica a muchos de esos conceptos.

Esto produjo un cristianismo cultural cada vez más separado de la fe.

17. El cristianismo cultural: cuando queda la forma y desaparece la sustancia

El cristianismo cultural puede sobrevivir durante generaciones.

Bautizos.

Comuniones.

Matrimonios.

Navidad.

Semana Santa.

Procesiones.

Villancicos.

Imágenes religiosas.

Fiestas patronales.



Pero si todo eso pierde su conexión con la fe, puede quedar simplemente una tradición cultural.

El problema no es que la cultura cristiana sea mala.

Al contrario.

Es un patrimonio extraordinario.

El problema aparece cuando **la cultura sustituye a la fe**.

Podemos conservar el árbol de Navidad y olvidar a Cristo.

Podemos conservar las procesiones y olvidar la conversión.

Podemos conservar las iglesias y olvidar la adoración.

Podemos conservar palabras cristianas y vaciarlas de contenido.

Podemos hablar de amor y eliminar la verdad.

Podemos hablar de misericordia y eliminar el pecado.

Podemos hablar de dignidad y eliminar a Dios.

Podemos hablar de Jesús y olvidar que es el Señor.

18. El cristianismo “sin pecado”

Hay palabras que nuestra época encuentra especialmente incómodas.

Una de ellas es:

pecado.

Sin pecado no necesitamos Redentor.



Sin pecado no necesitamos conversión.

Sin pecado no necesitamos confesión.

Sin pecado la Cruz se convierte en una tragedia absurda.

Por eso la eliminación del pecado conduce inevitablemente a la naturalización del cristianismo.

Si el hombre simplemente necesita “crecer”, Cristo es un maestro.

Si el hombre necesita ser “salvado”, Cristo es el Salvador.

La diferencia es inmensa.

El Evangelio comienza precisamente con una llamada:

“Convertíos y creed en el Evangelio” (Mc 1,15).

La conversión no es una terapia de autoestima.

Es volver a Dios.

Es reconocer que nuestra vida no nos pertenece absolutamente.

Es abandonar el pecado.

Es aceptar la gracia.

Es comenzar de nuevo.

19. ¿Por qué resulta tan atractivo un cristianismo naturalizado?

Porque es cómodo.



Permite conservar la identidad cristiana sin aceptar todas sus consecuencias.

Permite decir:

“Soy cristiano porque creo en el amor.”

Pero sin hablar de doctrina.

Permite defender la solidaridad sin hablar de conversión.

Permite admirar a Jesús sin aceptar sus mandamientos.

Permite hablar de misericordia sin hablar del juicio.

Permite hablar de dignidad sin hablar de Dios.

Permite hablar de fraternidad sin hablar de pecado.

Permite tener religión sin necesidad de cambiar profundamente la vida.

Y aquí aparece una de las grandes preguntas pastorales de nuestro tiempo:

¿Estamos formando discípulos o simplemente personas que sienten simpatía por determinados valores cristianos?

Porque Jesús no dijo:

“Id y enseñad a admirarme.”

Dijo:

“Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos” (Mt 28,19).

Discípulos.

No espectadores.

No admiradores.

No consumidores religiosos.



Discípulos.

20. El smartphone y la naturalización de la fe

Este problema también aparece en el mundo digital.

Las redes sociales están llenas de contenido que utiliza lenguaje cristiano.

Frases de Jesús.

Imágenes de santos.

Mensajes sobre amor.

Reflexiones sobre paz.

Vídeos religiosos.

Pero una frase cristiana no necesariamente produce una vida cristiana.

Podemos compartir veinte citas bíblicas y no rezar.

Podemos publicar imágenes de santos y no confesarnos.

Podemos discutir teología durante horas y no amar al prójimo.

Podemos defender públicamente la moral cristiana y vivir secretamente en pecado.

El algoritmo puede convertir incluso la religión en contenido.

Pero **Cristo no vino para convertirse en contenido.**

Vino para convertirse en nuestra vida.



21. La diferencia entre consumir contenido religioso y vivir la fe

Esta distinción es crucial para la pastoral contemporánea.

Consumir contenido religioso puede ser bueno.

Leer teología es bueno.

Escuchar homilías es bueno.

Ver documentales sobre santos puede ser bueno.

Seguir cuentas católicas puede ser bueno.

Pero ninguna de estas cosas sustituye:

- la oración;
- la confesión;
- la Santa Misa;
- la adoración eucarística;
- la lectura de la Sagrada Escritura;
- el examen de conciencia;
- la penitencia;
- la caridad;
- la lucha contra el pecado;
- la vida sacramental.

El cristianismo no se vive principalmente en una pantalla.

Se vive ante Dios.



22. El cristiano no está llamado simplemente a ser “bueno”: está llamado a ser santo

Esta diferencia merece ser grabada en el corazón.

Una persona buena puede evitar muchos pecados.

Un santo busca además una unión cada vez más profunda con Dios.

Una persona buena puede ser generosa.

Un santo aprende a amar por Cristo.

Una persona buena puede cumplir normas.

Un santo busca la voluntad de Dios.

Una persona buena puede tener una vida moralmente ordenada.

Un santo quiere que toda su existencia sea ofrecida a Dios.

La santidad es mucho más que corrección moral.

Es transformación interior.

Por eso san Pablo no dice simplemente:

“Sed mejores.”

Dice:

“Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Ga 2,20).

Aquí encontramos el corazón de la vida sobrenatural.

No se trata únicamente de añadir comportamientos religiosos a una existencia natural.

Se trata de permitir que Cristo transforme toda nuestra existencia.



23. La Iglesia no es una ONG religiosa

La Iglesia puede realizar obras sociales extraordinarias.

Lo ha hecho durante siglos.

Hospitales.

Escuelas.

Universidades.

Orfanatos.

Asistencia a pobres.

Misiones.

Atención a enfermos.

Ayuda a perseguidos.

Pero si la Iglesia fuera únicamente una organización humanitaria, podríamos sustituirla por una ONG.

La Iglesia existe porque tiene una misión incomparablemente mayor:

anunciar a Cristo y comunicar la salvación.

La ayuda material es necesaria.

Pero el hombre no necesita solamente pan.

Necesita a Dios.

Por eso Cristo, junto con alimentar a las multitudes, anuncia el Pan de Vida.



La Iglesia no debe elegir entre evangelización y caridad.

Debe hacer ambas.

Porque la caridad cristiana nace de la fe y conduce hacia Dios.

24. El verdadero problema pastoral: ofrecer un cristianismo sin exigencia

Una pastoral que solamente busca que las personas se sientan cómodas corre el riesgo de olvidar que el Evangelio también incomoda.

Cristo consuela.

Pero Cristo también corrige.

Cristo abraza.

Pero Cristo también llama a dejarlo todo.

Cristo perdona.

Pero también exige:

“Ve y no peques más.”

Una pastoral verdaderamente misericordiosa no oculta la verdad.

La anuncia con caridad.

El médico que ama al enfermo no le dice:

“No tienes ninguna enfermedad.”

Le dice la verdad para poder curarlo.



Del mismo modo, la Iglesia no ama al hombre diciéndole que el pecado no importa.

Lo ama anunciándole que **la gracia es más poderosa que el pecado.**

25. El cristianismo sobrenatural no es una huida del mundo

Otro malentendido frecuente consiste en pensar que defender la dimensión sobrenatural significa despreciar el mundo.

No.

El cristiano vive profundamente dentro del mundo.

Trabaja.

Forma familias.

Participa en la sociedad.

Estudia.

Investiga.

Crea arte.

Hace ciencia.

Participa en política.

Ayuda a los necesitados.

Pero lo hace con una conciencia diferente:

este mundo no es Dios.



Y tampoco es nuestra patria definitiva.

San Pablo lo expresa así:

“Nuestra ciudadanía está en los cielos” (Flp 3,20).

Esta verdad no nos hace menos responsables del mundo.

Nos hace más responsables.

Porque sabemos que nuestra vida tiene un destino eterno.

26. ¿Cómo reconocer un cristianismo naturalizado?

Podemos formular algunas preguntas sencillas.

Primera pregunta: ¿Se habla de Cristo o solamente de valores?

Si Jesús aparece únicamente como inspiración moral, hay un problema.

Segunda: ¿Se habla de pecado?

Si todo se explica mediante “errores”, “procesos” o “circunstancias”, puede haberse perdido la categoría bíblica de pecado.

Tercera: ¿Se habla de conversión?

El Evangelio siempre llama a convertirse.

Cuarta: ¿Se habla de gracia?

Si todo depende de nuestras capacidades, estamos ante una reducción naturalista.



Quinta: ¿Se habla de sacramentos?

La vida cristiana es sacramental.

Sexta: ¿Se habla de vida eterna?

El cristianismo tiene como horizonte último la comunión eterna con Dios.

Séptima: ¿La Cruz ocupa un lugar central?

Si desaparece la Cruz, algo fundamental se ha perdido.

Octava: ¿Cristo es presentado como Salvador o simplemente como maestro?

La respuesta revela inmediatamente qué cristianismo estamos anunciando.

27. ¿Cómo recuperar el cristianismo sobrenatural?

La respuesta no consiste en abandonar la razón ni en rechazar la cultura.

Consiste en **volver al centro**.

Y el centro es Cristo.

No una ideología.

No una estética.

No una nostalgia.

No una identidad política.

No una batalla cultural.

No un conjunto de valores.



Cristo.

Todo debe comenzar y terminar en Él.

28. Primera aplicación práctica: volver a la oración

Si queremos escapar de una religión puramente natural, necesitamos recuperar la oración.

No solamente leer sobre Dios.

Hablar con Dios.

No solamente publicar frases espirituales.

Arrodillarnos.

No solamente escuchar podcasts religiosos.

Hacer silencio.

La oración nos recuerda algo esencial:

yo no soy Dios.

Necesito recibir.

Necesito pedir.

Necesito agradecer.

Necesito adorar.

Necesito arrepentirme.



29. Segunda aplicación: recuperar la confesión

La confesión es una de las grandes respuestas al cristianismo naturalizado.

¿Por qué?

Porque allí reconocemos algo que la cultura moderna intenta eliminar:

hemos pecado.

Pero también reconocemos algo mucho más hermoso:

Dios puede perdonarnos.

La confesión destruye dos errores.

El primero:

“Soy perfecto.”

El segundo:

“Soy irremediablemente culpable.”

El cristianismo enseña:

eres pecador, pero la misericordia de Dios es mayor que tu pecado si te conviertes.

30. Tercera aplicación: volver a la Eucaristía

La Eucaristía nos recuerda que la vida cristiana no consiste en producir nuestra propia salvación.

Primero recibimos.



Después damos.

Primero Cristo se entrega.

Después nosotros aprendemos a entregarnos.

Primero recibimos la gracia.

Después podemos producir frutos.

Por eso la Misa no debe ser considerada simplemente una obligación semanal.

Es el centro de la vida cristiana.

31. Cuarta aplicación: recuperar la doctrina

El cristianismo naturalizado prospera allí donde existe ignorancia religiosa.

Cuando un católico no conoce su fe, fácilmente sustituye el cristianismo por sus propias opiniones.

Por eso es urgente recuperar:

- el Catecismo;
- la Sagrada Escritura;
- la Tradición;
- los Padres de la Iglesia;
- la teología;
- las vidas de los santos;
- los documentos del Magisterio.

No para convertirnos en especialistas incapaces de amar.

Sino para que nuestra fe tenga raíces.

Una fe sin formación fácilmente termina convertida en sentimentalismo.



32. Quinta aplicación: recuperar el sentido del sacrificio

Vivimos en una cultura que intenta eliminar cualquier incomodidad.

Pero el cristianismo tiene una palabra diferente:

sacrificio.

Ayuno.

Penitencia.

Mortificación.

Renuncia.

Silencio.

Disciplina.

Generosidad.

Servicio.

Todo esto educa el corazón.

Porque quien nunca sabe decirse “no” a sí mismo tendrá enormes dificultades para decirle “sí” a Dios.

La libertad cristiana no consiste en obedecer todos nuestros deseos.

Consiste en ser libres para amar el bien.



33. Sexta aplicación: aprender a vivir contraculturalmente

El cristiano no necesita buscar conflictos constantemente.

Pero tampoco debe tener miedo de vivir de acuerdo con el Evangelio cuando este contradice las tendencias dominantes.

Si la cultura dice:

“Todo deseo debe satisfacerse”,

el cristiano responde:

no todo deseo es bueno.

Si dice:

“La verdad depende de cada uno”,

responde:

la verdad existe.

Si dice:

“La religión es una opinión privada”,

responde:

Dios es real.

Si dice:

“La muerte es el final”,

responde:

Cristo ha resucitado.



Si dice:

“El hombre se salva a sí mismo”,

responde:

necesitamos un Salvador.

34. El peligro de convertir el cristianismo en ideología

Existe también un riesgo entre quienes quieren combatir el cristianismo naturalizado.

Podemos pasar del extremo de un cristianismo sin doctrina al extremo de una doctrina sin vida.

Podemos hablar continuamente de tradición, liturgia, moral, política y cultura y olvidar la caridad.

Podemos defender correctamente una verdad y hacerlo con un corazón incapaz de amar.

Podemos ganar discusiones y perder almas.

Esto sería otra forma de naturalización: convertir la fe en identidad cultural o ideológica.

La tradición católica auténtica no es una ideología.

Es la transmisión viva de la fe apostólica.

Y su centro sigue siendo Cristo.



35. Tradición no significa nostalgia

Este punto es especialmente importante.

La verdadera tradición no consiste simplemente en conservar formas del pasado.

La tradición significa recibir y transmitir aquello que la Iglesia ha recibido de Cristo y de los Apóstoles.

La liturgia tradicional puede ayudar poderosamente a recuperar el sentido de lo sagrado.

El canto sacro puede elevar el alma.

El silencio puede enseñar adoración.

El latín puede recordar la universalidad de la Iglesia.

La arquitectura sacra puede catequizar.

Pero ninguna forma externa sustituye la conversión interior.

La liturgia debe llevarnos a Cristo.

La tradición debe llevarnos a Cristo.

La doctrina debe llevarnos a Cristo.

La devoción debe llevarnos a Cristo.

36. El cristianismo sobrenatural devuelve al hombre su verdadera grandeza

Paradójicamente, cuanto más sobrenatural es el cristianismo, más profundamente dignifica al hombre.



Porque no dice:

“Eres solamente un animal inteligente.”

Dice:

has sido creado para Dios.

No dice:

“Tu vida termina en la tumba.”

Dice:

estás llamado a la resurrección.

No dice:

“Tus pecados te definen para siempre.”

Dice:

puedes ser perdonado.

No dice:

“Debes salvarte mediante tus propias fuerzas.”

Dice:

Dios te ofrece su gracia.

No dice:

“Tu sufrimiento no tiene sentido.”

Dice:

puede unirse a la Cruz de Cristo.

No dice:



“Estás solo.”

Dice:

Cristo está contigo.

37. El cristianismo no promete simplemente una vida mejor: promete una vida nueva

Esta es quizá la mejor síntesis.

El cristianismo no es simplemente un método para mejorar la vida.

Es anuncio de una **nueva vida**.

San Pablo lo expresa magníficamente:

“Si alguno está en Cristo, es una criatura nueva” (2 Co 5,17).

Nueva criatura.

No simplemente una persona ligeramente mejor.

No una versión optimizada de nosotros mismos.

Una existencia renovada por la gracia.

Esto explica por qué los santos podían vivir de una manera que parecía incomprensible para el mundo.

No eran simplemente personas extraordinariamente disciplinadas.

Eran hombres y mujeres transformados por Dios.



38. El verdadero cristianismo comienza donde termina el hombre autosuficiente

El hombre moderno quiere controlar.

Controlar su cuerpo.

Controlar su futuro.

Controlar su imagen.

Controlar su reputación.

Controlar su entorno.

Controlar incluso su identidad.

Pero el Evangelio comienza cuando el hombre descubre que no puede salvarse a sí mismo.

Y entonces escucha una noticia extraordinaria:

Dios ha venido a buscarlo.

No tenemos que subir hasta Dios por nuestras propias fuerzas.

Dios ha descendido hasta nosotros.

El cristianismo comienza en Belén.

Continúa en Nazaret.

Pasa por el Calvario.

Triunfa en la Resurrección.

Se extiende mediante Pentecostés.

Y continúa sacramentalmente en la Iglesia.



No es una filosofía que el hombre inventó.

Es una historia de salvación.

39. Una pregunta para nuestro tiempo: ¿qué quedaría si quitáramos a Cristo?

Podemos hacer un ejercicio muy sencillo.

Imaginemos que mañana desaparecieran del discurso cristiano todas las referencias a:

- Dios;
- Cristo;
- pecado;
- gracia;
- Cruz;
- Resurrección;
- sacramentos;
- Iglesia;
- oración;
- conversión;
- vida eterna.

Y conserváramos solamente:

- solidaridad;
- justicia;
- igualdad;
- fraternidad;
- paz;
- dignidad;
- tolerancia;
- ayuda al necesitado.

¿Seguiríamos teniendo cristianismo?



La respuesta es clara:

no en sentido pleno.

Tendríamos valores que pueden ser compatibles con el cristianismo.

Pero habríamos perdido aquello que convierte esos valores en frutos de la vida sobrenatural.

40. El cristiano del futuro deberá recuperar la palabra “sobrenatural”

Quizá uno de los grandes desafíos evangelizadores de las próximas décadas sea precisamente recuperar una palabra que hemos dejado de utilizar:

sobrenatural.

Porque si no existe lo sobrenatural, entonces la oración es solamente introspección.

La Misa es solamente una reunión.

La confesión es solamente psicología.

La Eucaristía es solamente símbolo.

La gracia es solamente una metáfora.

Los milagros son solamente relatos antiguos.

La Resurrección es solamente una imagen.

Los santos son solamente ejemplos morales.

El cielo es solamente una esperanza poética.

Pero si Dios existe y Cristo ha resucitado, entonces todo cambia.



La religión deja de ser una construcción humana.

Y se convierte en encuentro con la realidad más profunda que existe:

Dios mismo.

41. El cristianismo verdadero es radicalmente sobrenatural y radicalmente humano

Aquí está la síntesis final.

No tenemos que elegir entre humanidad y sobrenaturalidad.

Cristo mismo es la respuesta.

El Hijo de Dios asumió una naturaleza humana.

La gracia no destruyó la humanidad de Cristo.

La llevó a su plenitud.

Del mismo modo, la gracia no destruye al hombre.

Lo restaura.

Lo eleva.

Lo santifica.

Lo diviniza por participación.

Por eso el verdadero cristianismo es profundamente humano precisamente porque es profundamente sobrenatural.

Ama al hombre porque ama a Dios.



Sirve al hombre porque reconoce en él la imagen de Dios.

Defiende la verdad porque Cristo es la Verdad.

Protege la vida porque la vida procede de Dios.

Ama al enemigo porque Cristo murió por los pecadores.

Perdona porque ha experimentado el perdón.

Espera porque Cristo ha vencido la muerte.

42. Conclusión: no necesitamos un cristianismo más natural, sino volver a la fuente sobrenatural

Quizá el problema de nuestro tiempo no sea que haya demasiado cristianismo.

Quizá el problema sea que, en muchos ambientes, **hemos intentado hacer del cristianismo algo que el mundo pueda aceptar sin necesidad de convertirse.**

Hemos reducido el Evangelio a valores.

A Jesús, a maestro.

A la Iglesia, a institución.

A la liturgia, a celebración.

A los sacramentos, a símbolos.

A la moral, a normas.

A la caridad, a solidaridad.



A la oración, a bienestar.

A la fe, a identidad cultural.

Y entonces el cristianismo deja de escandalizar.

Pero también deja de salvar.

Porque el Evangelio no fue anunciado para que el mundo dijera:

“Qué buenos valores.”

Fue anunciado para que el hombre pudiera decir:

“Señor, sálvame.”

El cristianismo no proclama simplemente que debemos ser mejores.

Proclama que **Dios nos ofrece su gracia.**

No proclama solamente que debemos amar.

Proclama que **Dios nos amó primero.**

No proclama solamente que debemos perdonar.

Proclama que **Cristo murió por nuestros pecados.**

No proclama solamente que debemos tener esperanza.

Proclama que **Cristo ha vencido la muerte.**

No proclama simplemente una nueva ética.

Proclama una nueva creación.

Por eso, ante un mundo que quiere un cristianismo sin sobrenaturalidad, la respuesta de la Iglesia no puede ser esconder aquello que resulta difícil.

Debe anunciarlo todo.



Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre.

Cristo murió por nuestros pecados.

Cristo resucitó.

Cristo está realmente presente en la Eucaristía.

Cristo perdona los pecados.

Cristo comunica su gracia.

Cristo llama a la conversión.

Cristo ha fundado su Iglesia.

Cristo volverá.

Cristo es el principio y el fin.

Y entonces comprendemos la verdadera diferencia entre una religión naturalizada y el cristianismo.

Una religión naturalizada dice:

| *“Haz el bien y sé una buena persona.”*

El Evangelio dice:

| *“Ven a Cristo, recibe su gracia, conviértete, síguelo y deja que Él transforme tu vida.”*

Una religión naturalizada puede producir personas admirables.

Pero solamente la gracia puede producir santos.



Y la Iglesia no existe para fabricar simplemente ciudadanos buenos.

Existe para conducir a los hombres a Cristo.

Porque, al final de todas nuestras obras, de todas nuestras virtudes, de todos nuestros proyectos, de todas nuestras discusiones y de todas nuestras conquistas humanas, permanece una sola pregunta verdaderamente decisiva:

¿Hemos conocido a Cristo?

Y todavía más:

¿Hemos dejado que Cristo viva en nosotros?

Ahí comienza el verdadero cristianismo.

No en la simple moral.

No en la ideología.

No en la cultura.

No en el sentimentalismo.

No en una colección de valores.

En Cristo.

Porque el cristianismo no es simplemente una manera de vivir.

Es la vida de Cristo comunicada al hombre por la gracia.

Y por eso, frente a cualquier intento de reducirlo a una ética humana, la Iglesia debe volver a proclamar con toda su fuerza aquello que constituye el corazón de su existencia:

“Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante” (Jn 10,10).